

Hacia la democracia: la nueva poesía (1968-2000)

Araceli Iravedra

Madrid: Visor, 2016. 1086 págs.

Borja CANO VIDAL

Universidad de Salamanca

borjacano@usal.es

La diáspora existente en la poesía española contemporánea muestra la necesidad de estudios que contemplen la multiplicidad de todas sus aristas, a lo que sin duda contribuye el Centro para la Edición de los Clásicos Españoles. Mediante diferentes antologías con Francisco Rico al frente de su coordinación, son ya varios los títulos publicados, a los que se suma la antología elaborada por Araceli Iravedra: *Hacia la democracia: la nueva poesía (1968-2000)*. Con un precedente como la elaborada por Miguel García-Posada –*La nueva poesía (1975-1992)*–, la investigadora no discrimina su atención a movimientos y fenómenos estéticos previos, sino que acude a ellos, precisamente, para examinar el estado más contemporáneo de la poesía española. Caracterizada por un fuerte sentido crítico y un exhaustivo conocimiento de la materia, Iravedra aborda, a lo largo de las 170 páginas que integran el estudio introductorio, diversas cuestiones que transitan desde lo estrictamente literario hasta lo político, histórico o sociológico.

Inaugura el estudio preliminar el apartado «Sobre el fin de la posguerra, la nueva poesía y la generación del 68», donde aborda la categoría de *nueva poesía* que el volumen precedente al suyo utilizó. Advierte la autora que los cambios que provocarán un nuevo devenir estético en la poesía española ya pueden comenzar a advertirse unos años atrás de la posguerra, «porque es allí donde confluyen un puñado de factores de carácter político, social e intelectual que conspiran para cuartear la coherencia interna de un tiempo de convalecencia y que permiten decretar, cuando menos en el territorio de las letras, el final anticipado del franquismo» (10). Asimismo, coincidirá con otros especialistas al advertir una cierta «ruptura precoz» que provocó en la sociedad española un *posfranquismo con Franco* (11). Con ejemplos más que lúcidos, expresa que, si bien la renovación de los modos expresivos que se suele

asignar como mérito de la generación del 68 fue tal, «aquella no fue empresa de una sola generación» (14).

Un segundo apartado que lleva por título «De la publicidad como fuente historiográfica o la *invención* de los novísimos» destaca la habilidad de Castellet y su celebrada antología para representar «por un lado, la primera tentativa de captación, sistematización y aglutinación de lo que de un modo seguro ya se apreciaba en el escenario lírico; y por otro, la fabricación y promoción de un producto estético, el *autormodelo* novísimo, muy conscientemente diseñado de cara a su consumo por la sociedad literaria» (20). La novedad de la citada antología respecto de otras anteriores residió, principalmente, en la inclusión, por primera vez, de nuevos nombres cuyas obras respondían a los rasgos de una nueva generación. La ruptura de los llamados *novísimos* supuso un hito en la historiografía de la poesía española, abriendo camino a nuevos modos y formas poéticas. «La «archiestética» novísima: componentes de un eclecticismo» apunta, en un tercer capítulo, los rechazos y exclusiones que provocó el privilegio del lenguaje como realidad autónoma por encima de su tarea comunicativa. El culturalismo novísimo no dejó, sin embargo, de incluir otras temáticas diversas en las que destacan lo *camp*, la desilusión y el escepticismo o las diversas y lógicas disgregaciones del poema.

El estudio de Iravedra progresa en su senda histórica hasta los que denomina «*Disidentes y ocultos*: la ampliación del marco generacional» en su cuarto capítulo, donde se centrará especialmente en la labor de la revista *Claraboya* –sobre todo, a partir de su última etapa, en 1967– para constatar el surgimiento de una nueva generación poética. Sin embargo, otras voces surgirán paralelas a tal movimiento, como González, Valente o Gil de Biedma, con nombres posteriores como Gimferrer o Carnero (52-57). El recorrido expuesto hasta el momento advierte, ya, lo que confirma Iravedra con su quinto capítulo, «La sucesión de los novísimos o el «segundo movimiento» de la generación», donde desde los *disidentes y ocultos* ya mencionados, esa segunda promoción de los setenta y los ya institucionalizados por entonces *novísimos*, conviven y convergen en unos años donde despuntan las claves del devenir estético que marcaría las concepciones líricas dominantes de la década de los setenta. Esperable resulta, tras lo anteriormente marcado, que en la siguiente década de los ochenta emergiesen nuevas formas en el panorama poético español. Sin embargo, los poetas que publicaron por aquel entonces aún continuaron siendo tildados de «continuas», con lo que no coincide la investigadora y, tal y como demuestra exhaustivamente, «la gran mayoría no continúa el modelo novísimo, al que más bien desplaza incontestablemente» (79). Tales cuestiones son

las abordadas por Iravedra en su sexto capítulo, «Hacia la consolidación de un nuevo paradigma: los poetas de los ochenta», de cuyas páginas puede extraerse, a modo conclusivo, la definitiva instauración del modelo realista en la lógica hegemónica del panorama poético español.

En el caso de «La(s) poética(s) de la experiencia» y frente a las numerosas páginas vertidas por la crítica literaria sobre esta tendencia, el estudio de la investigadora destaca por la recopilación de herencias, vigencias, apropiaciones, lecturas y reescrituras que tales poetas desarrollarán. El grueso de las páginas dedicadas a tal asunto (80-101) muestra ya señales de lo que con su revisión se advierte finalmente: la apropiada y correcta lectura de una tendencia poética de la que se ha dicho mucho, pero quizás no tanto con el rigor que signa el estilo de la antóloga. Las diversas respuestas, tendencias paralelas o fronteras más o menos lejanas que cohabitaron con estos últimos poetas se aborda en las siguientes páginas bajo el membrete de «*La otra vía*: neosurrealismo, «nueva épica», metafísica, silencio». De cualquier manera, el recorrido continúa con «El ocaso de la experiencia: sendas de la «ruptura interior», donde el ejercicio reflexivo «ya apenas se sustenta sobre la sustancia biográfica que nutría a los textos de la poesía de la experiencia» (126), en un período donde aflora finalmente lo que el proceso previo ya advertía: la eclosión de una diáspora estética en cuya pluralidad insiste la crítica literaria más aguda y que Iravedra no deja de lado, sin olvidar su intento y notable empresa de categorizar y dar nombre a las diversas tendencias, al menos las que mayor coherencia, cohesión e historia representan.

Así, aborda en «Un compromiso posmoderno» una de las más destacadas estéticas y que ha dado lugar a numerosas obras, tanto creativas como académicas, cercana a las premisas del realismo sucio, pero en la que cada uno de los autores que la integran presenta rasgos muy distintivos entre sí. Ante la abundancia de registros poéticos, destaca la búsqueda de un territorio insólito que la posmodernidad asoló, que las tendencias anteriores de raigambre metafísica obviaron y en la que destaca un mayor acercamiento a su realidad. Resulta evidente, como se muestra en «La poesía española en el cambio de siglo: el relevo generacional» el cierre de un recorrido previo donde las generaciones aún seguían latiendo con fuerza en la irrupción de nuevas tendencias. Será justamente en el cambio de siglo donde de forma menos disruptiva puede ya sustentarse un relevo generacional. Así, en «Rasgos, direcciones y tradiciones de los poetas *deshabitados*» la antóloga no defrauda en su rigurosidad y aspiración abarcadora y a lo largo de las suficientes páginas da cuenta del estado actual de la poesía española, donde cabe resaltar, finalmente, el puente existente entre nuevas formas que rompen con las estéticas precedentes y otras que, en su carácter de nuevas,

mantienen una estrecha vinculación con las tendencias que destacaron en la segunda mitad del siglo pasado.

En definitiva, el cuadro clínico por el que transita con afinidad y coherencia Araceli Iravedra permite observar, en la antología poética que procede, una nómina formada por los siguientes nombres: Antonio Martínez Sarrión, Juan Luis Panero, Antonio Carvajal, Pere Gimferrer, Antonio Colinas, Miguel D'Ors, Jenaro Talens, Guillermo Carnero, Leopoldo María Panero, Eloy Sánchez Rosillo, Luis Alberto de Cuenca, Olvido García Valdés, Ana Rosetti, Jon Juaristi, Jaime Siles, Luis Antonio de Villena, Andrés Sánchez Robayna, Andrés Trapiello, Fernando Beltrán, Juan Carlos Mestre, Luis García Montero, Felipe Benítez Reyes, Carlos Marzal, Benjamín Prado, Aurora Luque, Jorge Riechmann, Manuel Vilas, Roger Wolfe, Vicente Gallego, Juan Antonio González Iglesias, Ada Salas, Luis Muñoz, José Luis Piquero y Lorenzo Oliván. Esta selección responde, sin duda, a lo que la propia antóloga ya declara entre sus objetivos: asentar y confirmar valores. Destaco, en suma, la riqueza de la heterogeneidad de sus planteamientos, que desmiente aquellas sentencias que, desde otras antologías, asumen la inevitable condición de subjetividad y demuestra con severidad y disciplina a un público, especializado o no, academicista o meramente interesado, que sí es posible ahondar en la difícil empresa de categorizar, definir y determinar cómo y qué es la poesía española contemporánea.